

ocasion de espresárselo, á lo cual ponía ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, mientras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion.

» Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con mas apresuramiento á aquel baile de candil, que si fuera *Soirée* ó *Rout* inglés.

» Pasamos desde luego á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos: por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y voces, empujones y palos; pero en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mútuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y *fandango*, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente, y á favor de la algazara que el mosto inundia en la concurrencia, creía yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra mas sorda, dirigida por el amostazado galan, se formaba á mis espaldas, no sin

grave peligro de ellas. Por último, para abreviar, el baile se fue acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacén de lo tinto á tiempo que éste empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, para lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilón de tres mechas que pendía colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternación se hizo general; las mugeres corrían á buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartían palos al aire; rodaban las sillas, estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningún diccionario completaban este cuadro general.”

*“Si licet exemplis in parvo grandibus uti;
Hæc facies trojæ cùm caperetur, erat.”*

“Péro el centro de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya dirección disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huía alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que

estaba á mi lado bañado en sangre: ¡cielos! ¡está muerto! y yo sin mas pruebas que mi dicho disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

» ¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento, conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mí conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aun la impresion de aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis estravíos, que rescató hoy para eterna vergüenza mia.”

— Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles usted la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente á su clase para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame usted, no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

Las niñas del día.



«Las solteras no me prenden
porque se andan ya tan sueltas
que ellas se mueren por todos;
¿quién se ha de morir por ellas?»

*D. F. de Leiva, comedia de
El Socorro de los mantos.*

Pascábase Diógenes con una luz en medio del día por la plaza de Atenas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid quizás habría buscado una muger. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heróica capital, y sin ser Diógenes, ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una muger en el salon del Prado, con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos, pues quizás otro dia volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presen-

tándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprendible imágen; perdonos demandando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos: ¿cómo remediarlo? Vuestra importancia en el orden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon: "Los hombres hacen las leyes; las mugeres forman las costumbres;" por cuya consecuencia mal podría yo proseguir en la pintura de estas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos, ó con paletina y schall, háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo) niñas en esperanza, fru-

ta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente á frente por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Mas privilegiadas que vosotras las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los mas ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella generosa venganza, aquel sistema de amar sugerido por la unidad del sentimiento y por la mas natural filosofia para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada é indiferente. Pero (me direis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la... Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tam-

bien mas amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mugeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia delante de padres y tutores celosos que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas en las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el *Desiderio* y *Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian, la estameña y muselina sus galas, la costura y el bordado su única ocupacion: mas al través de estos obstáculos el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardas vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba por amante y por esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y "amor que entra por la ventana, dice Marmontel, es mas peligroso que el que entra por la puerta."

El inimitable Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento mas refinado para burlar su vigilancia. Pero ya doña

Paquita y doña Clara no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados mas bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que asi se apartan de las aventureras damas de Calderon y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aqui todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aqui todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijereis qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? no, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro: ¿pues qué premio ha de ser? Ea, daréme por contento con solo que me tolereis el que os conozca.

No estrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendiente hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla. Asi es la verdad; *Amalia* es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde

sus primeros años fue el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y estos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones, y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas; cantar una cabatina en italiano ó bailar una mazourka en ruso, lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez á sus suspiros, pero aún no es tiempo: fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano antes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz ó desgraciado? Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marqués.

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias

y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colegio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo. Mas ya se ve, ¡ es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnnes ecsámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza, y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por las riquezas de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. ¿ Quién es el dueño de su corazon? pregunté: todos creían serlo, y ella no creía que lo fuese ninguno: mas de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato*; mas de un espediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; mas de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló á sus ojos. Gozosa desde su balcon recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡ oh venganza! los

jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse: promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosas, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fé, todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mugeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia el desden ageno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Heloisa*! Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: "Amadme, y yo os amaré." ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino, ó de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al harpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¡Quién no ha de amarla? ¡quién

no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazón, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

“La cumplida en cualquier cosa
y acabada,
Menos que todas me agrada,
Porque según mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada.”

Mas volved la vista á esotro lado, vereis venir crujiendo sedas, y descubriendo su beldad por entre el celage de finísima blonda, á la hermosa *Serafina*: ¿quién al ver su equipage no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, sino teneis memoria, mirad el artículo de *El dia 30 del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, ecsagera el adorno de su persona como para alejar á los

(1) Véase el tomo 1.º

que no esten en estado de sostener su esplendor; y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras como la condesa que pinta Regnard :

“Je ne donne mon coeur que par-devant notaire.”

que viene á significar en nuestro ramance español

Yo no doy mi corazón
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia, y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡ oh desgracia ! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiría la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo.

Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero qué es esto, ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que os llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais, mudaré de conversacion por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*; no me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense; no me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré la *Revista Española* para que leais los artículos de costumbres, y riais á placer cuando no os toquen á vosotras; y en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois asi, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

El Dominó.

« Oyente , si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa ,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas. »

Quevedo.

Sería en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme ; y mi discurso , por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido , y miraríase desdeñado por aquella mácsima del *non erat his locus*. Por el contrario , si vestido y engalanado á la moda del dia acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana , no me será difícil cautivar la atencion de mis leyentes , en gracia de la oportunidad , y he aqui la razon que me decide á presentarle en *dominó*.

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud , del patriotismo , de la amistad , del amor , de la mo-

destia y del desinterés. Semejantes máscaras, por comunes y continuas, no llaman ya nuestra atención, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegría.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto facil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviese aquí á caza de autores para repetir lo que ellos hayan dicho relativo á esta diversion, haciéndola unos derivar de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los moros cordobeses y granadinos, sería componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldría á vestirle de arlenquin, siendo asi que ya he dicho el traje en que hoy le quiero. Con que no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡ Oh quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage para tener á mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid para presentar su interior á los que aun se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es como ellos

dicen sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados moviéndose á compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verían, en fin, si son tan zelosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mujeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban á mi imaginacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. Era la hora en que suelen concurrir á este Llody danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscripcion que se reparten en tales noches la concurrencia, y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solis* por un dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por un *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile por solo dar á mi narracion este aire de misterio), y marché á recorrer

prenderías y almacenes en que alquilar un traje á propósito para envolver mi catadura. Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó cuyo agradable color, y no afectada modestia, llamó mi atencion entre un *Genghiskan* y un *Saladino* que alquilaron delante de mí un ropero de calle mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse á escribir el principio de este discurso; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar á Lesage su Asmodeo, y tirando la pluma cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo. Cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoble, y veo escrito en él... ¿qué creerán mis lectores que veria? pues era nada menos que la *historia de este dominó contada por él mismo*. Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay cómo esplicarlo; solo sí que, enagenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, espabilé la luz, y leí de esta manera:

“Amigo lector: cualquiera que tú seas á cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura, suspende, te ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrini-

nas que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atencion.

»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual con poco cariño maternal me arrojó entre otros trages *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme. Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento no pudo menos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazón se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino desenso desde la mas alta prosopopeya á la mas cordial alegría, que no fue posible dejar de felicitar-me por este mágico talisman, que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponian tal vez una perpetua contraccion de espíritu.

»Mas entre tanto que yo hacía estas y otras re-

flecciones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luego habia formado. La niña sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leía corrientemente en el pecho de mi escondido, y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habíase retirado con él á uno de los extremos del teatro, donde sentados mano á mano entregábanse mutuamente al sabor de tan peregrina plática; mas ¡oh suerte fatal! estando ambos en esta agradable situacion huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral sobrecargados enormemente crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron húndese en él una buena parte de la concurrencia.

»¿Cómo pintar aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador que mas feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nues-

tro *mal paso*; en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante debilitando el ímpetu de la caída de mi dueño, la cual sin embargo se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un giron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mí mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario en compañía de otros trages y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman. Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oía con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella funcion con una acrimonia que ella atribuía á la elevacion de su alma, y yo á la caída de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oía con cuidado todas las asechanzas que segun el tio se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en descos de esperi-

mentarlas, tanto mas quanto que no faltaba cierto alfez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo á las instancias de su amante, cogióme silenciosamente cierta noche y se fue al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... (Aqui el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguia) ¡muchachas, las que tenéis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejéis conducir por ellos á las máscaras, y creed á un dominó experimentado!

» Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desban de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, ó moneda española acuñada en Gibraltar. Y era la razon cierta ley, no sé cuantas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió segun parece las máscaras y disfraces (1). Mas como los

(1) «Es la ley 7. lib. 8. del título *de los levantamientos y asonadas de gente armada*, promulgada á peticion

hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar mas valor á las cosas prohibidas, de aqui nació la manía de enmascararse, en términos que á despecho de escribanos y corchetes inundábamos calles y salones.

» Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atención sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los de-

» de las Cortes de Valladolid de 1523; su época y su título abren su interpretacion. La autoridad pública era entonces insultada por gentes asociadas para malos fines, que usaban alguna vez de máscaras y disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató, pues, de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado público; y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen dia y noche por calles y plazas, cosa que podia provocar á delito, cubriendo sus autores.» (*Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.*)

Despues de la opinion de tan respetable magistrado, solo se podrán traer en apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos, pudiéndose

mas para dirigirse á la casa del baile, íbase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galan mas dichoso ocupó el lado de la amada.

Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos, y agoviado ademas por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente haciendo mas y mas sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilarse la calle angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lantejuelas del turbante de sultana que cubria las ca-

citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungría, cuñado de Felipe IV. Ademas, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V una ley (que es la segunda, tít. 13. del lib. 12. de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas á pesar de todo fueron permitidas pocos años despues, y puede verse sobre ello la *Instrucion para la concurrencia de los bailes de máscara dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de 1767*, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. Tambien han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la corte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

nas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichos delanteros llegaban sin novedad á la sazón á la casa del baile. ¡Oh lector, sino eres duro pederal, contempla y compadece la situacion de mi galan interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Henrique IV y una Raquel, Julio César y la Valiere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas ó menos dichasas! Pero sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mí y los demas trages, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fue por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

» Varias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fui contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narracion tambien, y asi solo me permitirás que te hable del último lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

» Fue, pues, el caso que cierto marido jóven, previa la venia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme á poco de haberse llevado una dama

á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegados al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando á ambos á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del traje) tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil, y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos menos de reirnos á duo. Entre tanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodón cardado, que no de agudo pedernal, cuando yo por un efecto de mi prevision, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte...!”

Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él y á trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma á mi narracion para tomar un ligero descanso antes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico del tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente,

un gran salon capaz de quinientas personas ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y ecsagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil y quinientas; fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes. Añadan á esto para el sentido del olfato la mucha confusion de buenas y malas ecsalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el tiple contínuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una *galope* ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio físico obliga á la mitad de la concurrencia á marchar impelida por la otra mitad, y satisfagan por último el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pie por espacio de tres horas en la sala *de descanso*: con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las parejas dichas las habian tomado por asalto al principio de la noche para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame con-

templando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aun quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convenian de una de dos cosas, ó que era falso el dicho de que "es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta," ó que yo tenia orejas de Midas. Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á infundir tal pavura en aquel género volátil, que á mi llegada huían en grupos cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido zeloso, quién por un amante desdeñado, cuál me daba satisfacciones, cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponía desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aqui de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento! mas no me es lícito por tres causas: la primera porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriría: la segunda porque de hacerlo cor-

ria peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza ; y la tercera y principal , por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras , por aquella sabia regla de que “la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.”



La compra de la casa.

«No todo lo que es brillante
riqueza al avaro ofrece:
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.»

Tirso de Molina.

Nada hay tan lisonjero para un honrado almacenista de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacén y dar mayor ensanche á sus negociaciones: lisonjeado por el écsito de éstas, alquiló una espaciosa tienda, y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la singular manía de tener siempre el mejor género: los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre cayendo armoniosamente en el cajón del mostrador, fue transformada por él con el mayor sigilo en sendas onzas de Carlos III, medias y ochentines de nuestro

monarca actual. ¡Qué plenitud de contento equivale al de aquel cuando cerrada la tienda y despachada la familia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto no tan solo de la vista de los estraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los mas temibles para el caudal, y que las necesidades ó ecsigencia de su esposa y de sus hijos podrian crecer al compas de sus talegos. Asi que, él se los cosía y recortaba, colocándolos luego en los sitios mas escusados; y hubiera deseado que ecsistiese moneda equivalente al valor de diez mil duros para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo. Pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido mas grato á sus oidos que romance de Bellini cantado por la *Meric Lalande*.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero asi arrinconado nada le producía, y se hallaba ademas espuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Asi que, despues de muchas noches de desvelos, vino á resolver que sería lo mas conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios* en el casco de esta villa, con

lo cual se proporcionaria multitud de goces y privilegios, amen de un cinco ó seis por ciento líquido de su principal. Vivamente afectado por tan feliz idea se levantó una mañana, y su primera diligencia fue correr á suscribirse al Diario de Avisos con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya *en virtud de providencia*, ya *á voluntad de sus dueños*. Embobido desde entonces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponía su sombrero, y envuelto en su capa dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de en frente: despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretexto para reconocer lo que podia del interior: en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el espediente, y desde alli pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid, con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese mas que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas faltábale á nuestro hombre la resolucion, y dilataba el plazo para ocasion mas oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma alta vino á despertar sus ideas adquisidoras: la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia

nacido bastaría á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendía en virtud de mandamiento judicial, y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor: si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras, se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla. No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo transmitió á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del calor de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creía hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas*; y en los intermedios de los pregones hablaban entre sí ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iban re-

tirando fingiendo sentimiento por la derrota: solo quedaba uno mas obstinado que todos, el cual, fi-jo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo: el buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendria la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo mas remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos &c. &c., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño de la finca*, á quien debían acudir con el pago de sus alquileres; y en seguida abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de do-

minio no turbado ni contradicho, con lo cual se le dió la posesion en forma.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la tienda de su almacén para oír y juzgar las reclamaciones de los inquilinos, las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad: sin embargo, el tendero por un sistema de compensación tuvo por más prudente desestimar las obras, y solo proveer la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se había formado al comprar la casa. En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violación de su derecho: la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinación de dejar la casa quedando á deber dos, tres ó más meses de alquiler, con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas. Por otro lado los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrate y el Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo*, en términos que en vano éste había gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner las señas del alquiler, y diez pesetas en anuncios de Diario, porque nadie parecía á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venia á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabia bien el nuevo propietario,

tanto mas cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demas cargas, eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado los actuales inquilinos (que eran los ratones), ademas de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruían el edificio; asi que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y mas que todo por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa dándola el aspecto de la novedad y de la frescura. Dicho y hecho, plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos, todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido; abajo el tejado, piso tercero, cuarto, boardillas... pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga, y el pavimento del segundo se desploma detras: el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion. Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras: ¿qué se hará, qué no se hará? y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en que fue la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pen-

saba en reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enagenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso: empeñado en su empresa recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para edificar el segundo, bajo la garantía ó hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *Liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año del alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado. Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de albañiles y vidrieros, carpinteros y soldados; la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparencias judiciales; los términos por equidad, los mandamientos de amparo, y tantos otros incidentes como dan grata ocu-